

El clamor ético y la economía en América Latina

Cardenal Alfonso López Trujillo

I.- Un mundo de cambios y contrastes

SITUARNOS en un mundo que experimenta cambios tan rápidos y ubicar la Iglesia en una situación tan compleja como la de América Latina en lo social y económico, no es algo fácil. Menos lo es cuando se refiere a la economía de mercado libre y a la empresa privada en su diversa configuración en nuestros pueblos, con tantos problemas y con un tratamiento de los mismos problemas no unívoco.

Tenemos, desde luego, una posición y una enseñanza de la Iglesia, en su Doctrina Social, con unos principios y orientaciones estables. Y en relación con América Latina, la Conferencia de Puebla, celebrada en los inicios del Pontificado de Juan Pablo II, contiene un análisis y unas directrices que, no obstante los cambios operados, conservan su vigencia.

1. América Latina: Del optimismo económico al deterioro

En un importante libro preparado por el CELAM, con esmero, titulado *Fe cristiana y compromiso social*,¹ editado hace 9 años, en una visión global de la economía latinoamericana, se daba un parte más bien positivo, sin entrar, al comienzo, en una evaluación de tipo ético. Se anota en esta publicación un significativo avance económico, en la década de los setenta.

Se advierte, sí, el «inmenso costo social y la creciente marginación en la distribución de la riqueza generada en este periodo...». Reconociendo logros y progresos, repito, en una visión global, advertían los autores que «dichos progresos han sido obtenidos en gran parte

¹ Redactado por dos conocidos expertos, Pierre Bigó, S.J. y Fernando Bastos de Avila, S.J.

a costa de los más pobres, y causando una brecha muy grande entre ricos y pobres de América Latina»². Se suministraban algunos datos significativos, respecto de la injusta distribución del ingreso nacional, en varios países.

Según la CEPAL (en la sesión de Guatemala, abril de 1977), con datos de años anteriores hasta hace casi dos lustros, la tasa anual de crecimiento económico fue de casi el 5% en los años 50, de 5.5% en los años 60 y del 6.3% en el primer quinquenio de los años 70. Esto equivale a un promedio anual de 5.5% en estos 25 años, superior al crecimiento de los países desarrollados en las economías de mercado³. Se registraba, pues, un logro notable. Por eso la CEPAL colocaba a la región en una situación intermedia a nivel universal, ubicándola entre los países de más alto desarrollo, de una parte, y la casi totalidad de los países africanos y asiáticos, de otra. Estos son hechos que han debido ser reconocidos. Se puede hablar, como lo hará después la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, de un tercero y cuarto mundo. El subdesarrollo de América Latina, con excepción de Haití, no es comparable a la miseria inmensa de naciones situadas en el cuarto mundo. Es bien gráfica esta consideración, que ubica las cosas en proporciones más realistas: «Globalmente 330 millones de latinoamericanos disponen de una riqueza 3 veces mayor que la que producen 770 millones de habitantes del subcontinente indio; o sea, en términos económicos, un latinoamericano equivale a siete indios. Pero, por otro lado, cuatro latinoamericanos no producen más que un europeo»⁴.

Ese informe basado en la CEPAL, ha sufrido serias alteraciones en los últimos años. ¿No puede decirse que hemos experimentado una fuerte recesión económica, con una inflación galopante en varias naciones, que muestra un panorama inquietante en lo económico? Los índices del endeudamiento progresivo y el costo social de la deuda externa (con raras excepciones y con algunos acuerdos positivos), se cierne como el espectro que frena drásticamente nuestro desarrollo con un perjuicio severo precisamente sobre la suerte de los más pobres.

Juan Pablo II señala que la esperanza del desarrollo estuvo muy viva (en los años de la publicación de la *Populorum Progressio*), pero que «en la actualidad es muy lejana de la realidad». «En aquellos años prevalecía un cierto optimismo sobre la posibilidad de colmar, sin esfuerzos excesivos, el retraso económico de los pueblos pobres»⁵. La

² Op. cit. p. 18.

³ Op. cit. p. 20.

⁴ Op. cit., p. 21.

⁵ *Sollicitudo rei socialis*, n. 12.

impresión actual, agregó, es «más bien negativa»⁶. Porque «es suficiente mirar la realidad de una *multitud ingente* de hombres y mujeres... que sufren el peso intolerable de la miseria. Son muchos millones que carecen de esperanza»⁷.

2. Avances políticos

Se ha registrado una curiosa inversión en un diagnóstico general referido a América Latina: mientras el proceso económico reflejaba un balance positivo (como se ha indicado), y se ha operado *un profundo deterioro* en los últimos años, en cambio, en el campo político la situación ha cambiado en forma notable hacia un proceso de consolidación de las democracias. Durante la Conferencia de Medellín, en agosto de 1968, denunciaba la Iglesia un militarismo creciente y el avance opresor de la ideología marxista (en relación con la masacre en la Primavera de Praga). En la Conferencia de Puebla se miraba con mucha preocupación la Ideología de la Seguridad Nacional, de cuño militarista. Las ideologías políticas estaban en pleno desarrollo. Hoy, al contrario, el panorama en América Latina está profundamente transformado. El acceso a la democracia es general, como lo demuestran naciones recientemente incorporadas a esa corriente. Bien cercano es el hecho ocurrido en Nicaragua. Se manifestó la innegable voluntad de un pueblo (y no sólo por problemas de crisis económica). Sobre el sandinismo, de obediencia marxista y aliado con la Iglesia Popular, antes reluctante hacia una auténtica democratización, triunfó la conciencia de dignidad de sus gentes. Hoy, incluso contra la avalancha de la *perestroika*, la cerrazón se limita a Cuba. En el espacio de pocos meses se precipitaron acontecimientos y cambios de la mayor importancia en países situados detrás de la Cortina de Hierro. En poco tiempo pudo apreciarse que el malestar no se restringía a *Solidarnosc*, en Polonia, sino que era mucho más amplio y profundo. Este sindicato de más de diez millones de obreros representaba un histórico desmentido a la «Dictadura del Proletariado», la cual no se veía por alguna parte. Los obreros sentían el peso de una opresión exagerada.

3. Bajo el signo de la *Perestroika* (América Latina en relación con el mundo actual)

Los cambios acelerados en las naciones socialistas han sido, sin duda, una grata sorpresa para la misma Iglesia. Algunos pensaban que tales cambios eran vislumbrados por la diplomacia universal. En el caso

⁶ Idem, n. 13.

⁷ Idem, n. 13.

de la Santa Sede su necesario proceso de *Ostpolitik* buscaba una oxigenación para la acción pastoral de la Iglesia, sobre todo en su jerarquía, ya que contemplaba la continuidad que se consideraba inalterada de regímenes totalitarios manejados por un partido fuerte y monolítico. La *perestroika* puso de manifiesto las crisis estructurales, económicas y políticas (a pesar de que Gorbachov no reconozca el fracaso en sí del sistema del socialismo colectivista). Crisis del sistema económico y político. En lo económico, un buen reflejo es esta apreciación: «Nosotros pretendemos (suponemos) que trabajamos y ellos pretenden que nos pagan». Se ha podido ver que los pies del gigante eran de arcilla. Eso lo vislumbraron algunos profetas y mártires que sufrieron la persecución. Cabe esperar variaciones grandes en fenómenos en América Latina, también en relación con las guerrillas de América Central, Colombia y Perú, por su estrategia geopolítica, cuando experimenten un menor respaldo o incluso un rechazo, de parte de quienes constituían su norte ideológico, su fuente de armamentos y su estímulo.

El lenguaje de los líderes marxistas que ya presentaban matices en el Eurocomunismo, de hace unos años, es del todo distinto en el fenómeno actual. Para el investigador en estos temas, no es tarea sencilla precisar qué queda, de hecho, del Análisis Marxista, de la lucha de clases. Señalaban la necesidad ineluctable de la expropiación de la Propiedad Privada de los Medios de Producción, de la etapa transitoria (y fallida) de la Dictadura del Proletariado (que desnudó en toda su miseria *Solidarnosc*), y de la misma concepción de la lucha de clases y del poder proletario. Todo esto parece llamado a una evaluación crítica seria, que ha faltado y falta, por desventura, en algunos sectores de América Latina. Un personaje de gran importancia decía hace poco que los últimos marxistas recalcitrantes, al menos en el empleo del Análisis Marxista, serían algunos teólogos liberacionistas. En efecto, hasta hace algunos días antes de esta cadena de cambios, alababan los milagros del colectivismo marxista en China —días después vino la masacre de la Plaza de Tienanmen—, y en la Unión Soviética, y defendían ante el mundo la revolución sandinista. Reportajes de algunos teólogos fueron difundidos a lo largo del año pasado por la revista italiana *Jesus*. Los acontecimientos los tomaron por sorpresa. Puede llegar a ocurrir lo del soldado nipón quien, muchos años después, ignoraba, perdido en la selva, que la guerra había terminado.

Todavía en América Latina puede escribirse esto: «...Es necesario entender el proceso concreto por el cual los cristianos, sobre todo universitarios y religiosos, han llegado a la convicción de que el Análisis Marxista era el único capaz de desglosar la realidad social en el continente, y la praxis marxista la única apta para transformarla»⁸.

¿En qué quedan para un marxismo coherente profecías como ésta?: «Cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: a cada cual según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades»⁹. Con los manantiales de la riqueza colectiva nacería el verdadero humanismo, en una síntesis final en la que «el hombre resolvería el misterio de la historia», y con una certeza científica, «sabría que lo resolvería»¹⁰. ¿Queda algún suspiro de este aliento mesiánico, fuera de nuestro continente, en donde no ha pasado la virulencia de las ideologías? Hemos recordado unos textos de Marx. Volvamos nuestra mirada a la profecía leninista, el gran estratega y organizador del Partido. He aquí un texto que vale la pena confrontar con el esfuerzo de la *perestroika*: «¿Debemos someter nuestra política a tales o cuales principios democráticos fundamentales, a los cuales daríamos un valor absoluto, o bien debemos someter todos los principios democráticos a los intereses del partido? Sin vacilar, estoy en favor de la segunda solución. No hay nada en los principios democráticos que no debamos someter a los intereses de nuestro partido. ¿Hasta la inviolabilidad de la persona? Sí, la inviolabilidad de la persona también... *Salus revolutionis suprema lex*»¹¹. ¡Y pensar que algunos han defendido ingenuamente los valores de un marxismo que pondría en alto la dignidad del hombre y del trabajador!

Otro muy distinto es afortunadamente el lenguaje que se siente hoy. Con excepciones, naturalmente. El proceso iniciado no es fácil. En Polonia dicen los diarios que Walesa critica a Tadeusz Mazowiecki por su lentitud. En Checoslovaquia cruje la unidad y claman por la independencia de los eslavos. En el interior del comunismo, apunta irónicamente Gelman: «Algunos decían que no podían usar su talento porque no tenían libertad. Cuando tuvieron libertad se manifestó que no tenían talento. Ahora algunos argumentan contra la libertad».

4. El «boom» de los países ricos y la pauperización general (visto desde Estados Unidos)

En dirección opuesta a la preocupación de América Latina, en cuanto a la economía en su deterioro progresivo, se sitúan analistas y

⁹ Karl Marx, *Crítica del Gotha*, 1875, IV.

¹⁰ Karl Marx, *Morceaux Choisis*.

¹¹ Congreso del Partido, 1903.

futurólogos, respecto de las tendencias y previsiones a nivel mundial. Tiene su interés el anuncio del boom para la década de los 90, hecho por John Naisbitt en su reciente obra *Megatrends 2000*. Se ubica contra los anuncios catastróficos del Club de Roma en *The limits to growth* (1972) o de Paul Kennedy, *The rise and fall of the great Powers* (1988), con el mito del declinar de Norteamérica. Hoy, se señala, hay una nueva economía global que tendrá su boom en el año 2000, y que se orientará de modo similar a como ocurrió con los Estados de la Unión. Ejemplos: el acuerdo entre EE.UU. y Canadá para destruir las barreras económicas; los acuerdos de las 12 naciones de la Comunidad Económica Europea para 1992, y de Estados Unidos y Japón en 1988; los pactos entre Brasil y Argentina. Las consideraciones de carácter económico —agrega— prevalecen sobre las políticas; crece y se agiliza el sistema mundial de las comunicaciones, con avances gigantescos como el uso del cable de fibra óptica, más rápido y a costos menores; se registra la superación definitiva de la crisis energética que aterró al mundo hace un tiempo, por la producción abundante en nuevos países no pertenecientes a la OPEP y la reducción progresiva de gastos energéticos, hasta proclamar (tal vez como ilusión) que no hay límites para el desarrollo. Alude a la revolución de los impuestos reducidos, notablemente para muchos como en Estados Unidos, Gran Bretaña y Suecia; la incorporación de Asia a sectores de los grandes consumidores; el avance de la paz.

Manifiesta Naisbitt su admiración por el boom asiático, lo mismo que por la consolidación de la paz en algunas naciones. En el primer capítulo el autor consagra amplios apartes a mostrar que en Estados Unidos no se observa una caída sino un progreso ininterrumpido, con beneficios para muchos. Se detiene con especial interés sobre la trascendencia de los acuerdos de la Comunidad Económica Europea para 1992. Todo indica que en una economía de semblanza mundial, orgánica, el boom será muy grande¹².

Sin embargo, tan optimistas perspectivas no se pueden compartir por el Tercer y Cuarto mundos. ¿Es el rostro risueño de los países económicamente desarrollados, el mismo de América Latina? No parece. Y abundan los datos para afirmarlo.

Sería ingenuo y precipitado hacer el tránsito del fracaso del colectivismo marxista al elogio indiscriminado de los progresos del capitalismo. Aquello que se señala como progreso en los países ricos, no parece valer en la economía de los países pobres. No constituye una

¹² *Megatrends 2,000*, N.Y. 1990, pp. 19-62.

riqueza con apertura solidaria y participativa. La palabra *abismo* entre los países ricos y pobres, dice Juan Pablo II, vuelve a los labios espontáneamente. «Así los países en vías de desarrollo, especialmente los más más pobres, se encuentran en una situación de gravísimo retraso»¹³.

Entre nosotros se habla, cada vez más, no sólo de naciones pobres, sino *empobrecidas*. Y hay una responsabilidad inocultable, que se observa más en una economía orgánica mundial, de parte de los países ricos. Dice el Santo Padre: «Tampoco podemos soslayar la responsabilidad de las naciones desarrolladas que no siempre, al menos en la debida medida, han sentido el deber de ayudar a aquellos países que se separan cada vez más del mundo del bienestar al que pertenecen»¹⁴. Se habla también no sólo de naciones ricas, sino *enriquecidas* a costa de las penurias de los desposeídos. Y se aboga, cada vez más, por profundizar en los mecanismos generadores de la pobreza y de la riqueza. Ha podido denunciarse un cúmulo de «agresiones».

Estando América Latina ubicada en el mundo de gravitación del capitalismo, conviene ver hasta qué punto las censuras de la Doctrina Social sobre el mismo conservan o no su actualidad.

En la encíclica *Populorum progressio*, Pablo VI formulaba una severa crítica al capitalismo liberal: «Pero, por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico; la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes»¹⁵.

II. El capitalismo, la ética y la solidaridad

El desbarajuste del socialismo colectivista, como hemos advertido, podría crear una especie de euforia en la otra orilla. Como si ese fracaso entrañara, sin más, el éxito del capitalismo liberal. Se va lejos. Se atribuye a un teórico polaco esto: «El sueño de un sistema económico mejor que el capitalismo murió». Se regresa, a veces, al optimismo de Adam Smith...

Aunque hay que partir de la base de que el planteamiento de los problemas no se hace, de la misma manera hoy que en los tiempos

¹³ *Sollicitudo rei socialis*, n. 14.

¹⁴ *Sollicitudo rei socialis*, n. 16.

¹⁵ *Populorum progressio*, n. 26. Se refiere al capitalismo liberal.

de la explosión inicial de la Revolución Industrial, es obvio que hay una mentalidad y unos abusos que no pueden considerarse simplemente superados.

1. Variaciones y nuevas circunstancias

Y no me refiero a las tremendas injusticias de los años en los que los trabajadores se encontraban del todo desprotegidos, con salarios de hambre, jornadas agobiadoras de trabajo, y mecanismos inexistentes de seguridad social. Son conocidos los relatos de atentos espectadores de la época, entre los cuales Marx y Engels, como también atentos observadores del mundo político y económico. Las observaciones y censuras al capitalismo actual serían poco objetivas y serias si, permaneciendo en posiciones de denuncia emocional, en contornos ideológicos provocatorios, no se reconocieran una serie de nuevas circunstancias y de severos condicionamientos, lo mismo que los logros que los trabajadores de las empresas han obtenido, en muchos lugares, a lo largo de una larga cadena de años. En el mismo tratamiento de la Doctrina Social de la Iglesia se reconoce que ha habido cambios¹⁶. En no pocos casos, seguramente, hay que hacer una mayor insistencia en el problema de las relaciones de las empresas con las políticas económicas de los Estados, tanto respecto de las relaciones internacionales, como dentro de las mismas naciones, como también en cuanto a las relaciones (que no pueden ser, desde luego, descuidadas), entre los empleadores y los trabajadores.

Conserva toda su importancia la enseñanza social de la Iglesia sobre el salario, reflejo concreto de una situación de justicia¹⁷, y el estímulo a modalidades de acceso a la propiedad de la empresa, con fórmulas variadas y posibles de cogestión. Al avanzar el proceso de una economía mundial en la que crecen las interdependencias, los grupos asociados de naciones con un radio más amplio para el mercado, la realidad de los problemas y el enfoque de solución sufren variaciones. Es preciso tener muy presente el conjunto de nuevas circunstancias.

Para proponer un ejemplo elemental, en nuestros países el desempleo representa la plaga más temible. El crecimiento del índice de desempleo es un factor social realmente explosivo. Hay nuevos planteamientos en los países desarrollados respecto del *Welfare State* y se hace el tránsito hacia el *Workfare*, insistiendo en las responsabilidades. Se señala que «el *Welfare* es resultado directo de parejas no

¹⁶ Cfr. encíclica *Populorum progressio*, n. 8.

¹⁷ *Laborem exercens*, n 19

casadas»¹⁸. El desempleado, sobre todo cuando no hay mecanismos de Seguridad Social compensatorios, no sólo abre las puertas a la miseria y al hambre, sino que produce altas dosis de amargura y de frustración que no tardan en reflejarse en la avalancha de la violencia. Economías en receso y reprimidas dejan a muchos cesantes y la falta de crecimiento de las Empresas lleva el signo de situaciones desesperadas.

Al grave fenómeno del desempleo se refieren las dos encíclicas sociales del papa Juan Pablo II (cfr. *Laborem exercens*, n 18, y *Sollicitudo rei socialis*, *passim*).

Galbraith ha señalado con razón, en su calidad de economista, el fenómeno:

«En los países industriales la mayoría de la gente, mientras tiene empleo, no alienta una preocupación primordial por su nivel de renta. Es cierto que procuran aumentarlo, a menudo con viva diligencia, pero la insuficiencia de su renta no es lo que más importa dentro del vasto panorama de la vida laboral. Su principal preocupación es el peligro de perder sus ingresos, ya sea parcial o totalmente, es decir, de quedarse sin trabajo, con la consiguiente pérdida de la totalidad o poco menos de sus medios de vida. Este es el temor que aflige a la mayoría de las personas en casi todos los niveles sociales, desde las naves industriales hasta las oficinas administrativas y los despachos de dirección. Por tanto, los factores que afectan a la seguridad del empleo revisten en la actualidad una importancia mucho mayor que la atribuida a los determinantes de la remuneración. Y así como está ocurriendo en el presente, ocurrirá también en el futuro»¹⁹.

La inseguridad reinante en varios de nuestros países, por el hecho de la violencia, con las amenazas constantes sobre quienes tienen medios de fortuna, y los avatares de la misma economía impulsan a buscar y asegurar, en un flujo inmenso de capitales al exterior, no sólo el «poner a salvo» esos bienes sino a lograr una rentabilidad suficiente sin correr mayores riesgos. Mientras esto siga ocurriendo en países en proceso de empobrecimiento, el problema parece insoluble.

2. Olvido y necesidad de la dimensión ética

Estos problemas tienen fuertes resonancias éticas. Y el olvido de las implicaciones morales aparece como uno de los vicios más sensibles en una *mentalidad* capitalista.

¹⁸ Naisbitt, p. 170.

¹⁹ Op. cit. p. 318.

No puede quedar sometido a la codicia del lucro, según el comportamiento de la oferta y la demanda, según los planteamientos conocidos que prometen la abundancia y la irrigación de los bienes a todos en la proyección optimista de Adam Smith.

Es preciso, con el reconocimiento de la dignidad eminente del trabajador, tan recalcada en la encíclica *Laborem exercens*, sustentar una concepción de la economía, en lo internacional y en el seno mismo de las naciones, en donde el imperativo de la solidaridad sea una inspiración que dé una dimensión humana al proceso económico.

Las denuncias que formula la Iglesia a una visión materialista de la economía, sin dimensión ética, e inhumana, suscitan variadas reacciones: de *acogida*, por una parte, reconociendo el servicio de las orientaciones del Magisterio social para evitar abusos, explotaciones e injusticias, en diversos ámbitos y niveles, que claman al cielo y requieren la búsqueda de soluciones apropiadas. Por otra parte, provoca reacciones de *rechazo*, en las que se atribuye a la Iglesia escasa comprensión de la realidad y de la autonomía de la economía, desconocimiento de las dificultades en un problema tan complejo como el que debe encarar el mundo empresarial. No faltaron manifestaciones de desconcierto cuando, hace casi 100 años, León XIII publicó la primera gran encíclica social frente a la cuestión obrera, la *Rerum Novarum* (5 de marzo de 1891). No es el momento de entrar en detalles sobre las protestas del Wall Street Journal. Nuevamente hubo algunas manifestaciones de inconformidad, en sectores capitalistas, ante la aparición de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*, de Juan Pablo II, conmemorativa de la *Populorum progressio* y como homenaje a la misma (a los 20 años de su aparición), y que tiene la fecha del 30 de diciembre de 1987. Se formuló el reparo de que se daba un tratamiento condenatorio igual al capitalismo y al marxismo, cuando la realidad de las cosas era de otra manera.

Críticas fuertes suscitaron las Conferencias de Medellín y de Puebla, en algunos casos, debido a que el mensaje social les llegó distorsionado, y no fue conocido en la misma fuente, sino en versiones nada ponderadas, sobre todo de un liberacionismo tributario de los esquemas de inspiración marxista recibidos en la Teoría de la Dependencia.

Hay que observar que las críticas de la Iglesia, en que se denuncian errores del capitalismo, han sido también formuladas por economistas de reconocido sentido crítico.

Es bien conocida la posición del llamado «Darwinismo social»,

de DAVOS. Este enfoque sostiene que así como en la lucha por la vida, en el evolucionismo de Darwin, sólo los más fuertes sobreviven y triunfan, de manera similar, en la economía, los débiles, los que no producen, los subdesarrollados, están condenados a caer en el camino. Sería una ley «natural».

Herbert Spencer (1820-1903), cuyas ideas tuvieron un notable influjo, durante medio siglo, pensaba que los pobres por débiles, simplemente no sobrevivían. La «supervivencia de los más aptos» ha sido una característica observación de este prolífico autor. Decía: «Me limito a llevar adelante las opiniones del señor Darwin en sus aplicaciones a la raza humana... Sólo aquellos que progresan bajo (la presión impuesta por el sistema)... llegan finalmente a sobrevivir... (Éstos) deben ser los seleccionados de su generación»²⁰. Esta curiosa teoría tuvo sus seguidores. «Los millonarios son un producto de la selección natural... los agentes naturalmente seleccionados de la sociedad», anotaba William Graham Summer²¹.

Algo de esto debía tener presente Juan Pablo II cuando escribía: «Nos encontramos, por tanto, frente a un grave problema de distribución desigual de los medios de subsistencia, destinados originariamente a todos los hombres... Y esto sucede no por responsabilidad de las poblaciones indigentes, ni mucho menos, por una especie de *fatalidad* dependiente de las condiciones naturales o del conjunto de las circunstancias»²².

Galbraith, por su parte, observa que si bien el Darwinismo social entró en decadencia, «sin embargo, no desapareció del todo, y *todavía subsisten sus resabios*. La noción de que la ayuda a los pobres perpetúa la pobreza, y que sería mejor, desde el punto de vista social, abandonarlos al destino que les otorgó la naturaleza, continúa emboscada en rincones de la opinión pública y del pensamiento privado»²³.

Son conocidas también las ideas de Vilfredo Pareto (1848-1923), incondicional del sistema capitalista. Sostenía que la desigualdad social es normal, justificada por la iniciativa y el talento. Es una manera de suprimir el sentido de la obligación social o moral. Se echa por la borda el sentido mismo de la *solidaridad*, como responsabilidad social y se endurece más una conciencia que no se deja interpelar.

²⁰ *The Study of Sociology*, N.Y. 1882.

²¹ *The Challenge of the facts and other Essays*, 1814.

²² *Sollicitudo rei socialis*, n. 9.

²³ *Historia de la economía*, p. 123.

Sería interesante sintetizar las posiciones de este autor²⁴.

Con razón se reprocha a la corriente, relacionada, a su manera, con estas posiciones, que, en nombre del carácter «científico» de la economía, no le dan cabida a correctivos éticos. Es una mala comprensión de la autonomía de lo temporal y, en concreto, de la misma economía. Veamos un caso, desafortunadamente no aislado: «La economía, si ha de ser en absoluto una ciencia, deberá ser una ciencia matemática»²⁵.

Permítanme abundar en la cuestión con un comentario bien pertinente de un economista (varias veces citado), al enfocar esta manera de ver las cosas: «La neutralidad y la adhesión legitimadora a la validez científica por contraposición a las preocupaciones sociales *ejercen especial influencia, en nuestros días* (el subrayado es nuestro). Al desempeñar su papel profesional, el economista no se ocupa de la justicia ni de la benignidad de la economía clásica o neoclásica; hacerlo sería negar la motivación científica...»²⁶.

Es verdad que ha habido cambios y que las formulaciones explícitas de este tipo (como lo señala la encíclica *Laborem exercens*, n. 7), han ido desapareciendo y «cediendo a un modo más humano de valorar y de pensar el trabajo». Pero, recuerda el papa Juan Pablo II, «el peligro existe siempre, especialmente cuando toda la concepción de la regulación de las cuestiones económicas procede señaladamente de las premisas del economismo materialista»²⁷.

La economía, como también la política, tan conectadas entre sí, no puede hacer caso omiso de la ética y de la solidaridad humana. No sólo debido a que el hombre es un ser social, profundamente relacionado con los demás y con clara conciencia de su propia dignidad; no sólo debido a contundentes motivaciones de una ética natural, sino también por los motivos que derivan de una ética todavía más honda, exigente y motivante, la ética cristiana. Si los valores cristianos se pierden, la sociedad se resquebraja y la misma posibilidad de una actitud de verdad responsable sufre irreparables desajustes. La forma de ser social la tiene el hombre en su realidad de imagen de Dios, de hijo de Dios y de hermano. Nuestra red de relaciones no se entrama con seres disímiles y distantes, sino con hermanos cercanos con quienes

²⁴ R. Aron, *Etudes politiques*, Ed. Callimard, 1972, pp. 125-145.

²⁵ William Stanley Jevons, *The Theory of Political Economy*, p. 3.

²⁶ Galbraith, op. cit. p. 139.

²⁷ *Laborem exercens*, n. 7.

tenemos y compartimos una responsabilidad. Es algo fundamental en la antropología cristiana, es la verdad sobre el hombre. Sin este presupuesto no se entendería la posición de la Iglesia en los problemas de la humanidad referidos a la riqueza, a la pobreza, a las relaciones entre el trabajo y el capital.

3. Corrección de rumbo desde la ética cristiana

Es precisamente aquí donde se ubica el concepto cristiano de la *solidaridad*, que tiene, a la vez otros presupuestos, como éste: ¿tiene el hombre un destino meramente terrestre o hay en él semillas de eternidad? A veces llega a parecer casi un despropósito hablar a hombres de empresa un lenguaje que no sea el de una «racionalidad científica» (que habría que demostrar), alérgico a interpretaciones ético-religiosas. Pero no se puede, ni debe ser así. Estas alergias son síntomas de males profundos. Marx, en sus *Manuscritos económicos filosóficos* del año 1844 (importante obra de juventud), dejó escapar una frase que termina en puntos suspensivos... «la muerte es una dura derrota...». En una concepción terrenal, materialista, como la marxista y como la de autores del liberalismo capitalista, una ética de amplios horizontes se diluye. Se evapora también la posibilidad de una justicia y de un rendir cuentas, más allá de la historia, más allá de esta vida. El hombre no se siente ni actúa como hermano, como hijo de Dios, que no quiere responder (ser responsable de su hermano), que piensa que todo termina aquí, se abraza neuróticamente a sus bienes, al goce de sus riquezas. La codicia ocupa su corazón. No es capaz de ver más lejos.

Jesús decía a sus discípulos: «...¿de qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde la propia vida?» (Mc 8, 36). Se alude a ganar todo, «el mundo entero». Toda ganancia, de este estilo, se vuelve inútil. Nada ayuda frente a la muerte. Como apunta R. Pesch, en un comentario autorizado, «en el fondo nada tiene el hombre que le pertenezca, más bien él pertenece a la muerte. Todo tentativo de conquistar una seguridad total, por medio de la acumulación de riquezas, está destinado al fracaso, porque estos medios no consienten dominar el deshacerse y el morir»²⁸.

En esta atmósfera, de más sólida consistencia que la de ciertas presuntas racionalidades científicas, Jesús imparte una enseñanza de permanente actualidad. A veces se teme evocarla, por la intimidación secularista y por las ironías y mofas a las que nos acostumbró Marx con la denominada «Teoría criminal celeste», según la cual la fe en el más

²⁸ Il Vangelo de Marco, parte seconda, p. 107.

allá irresponsabiliza en cuanto a los compromisos terrestres. Es la concepción opuesta a la fe cristiana: la realidad del hombre, que no termina con la muerte, da seguridad e impide la impunidad en el deber social del hombre. Nadie toma más en serio la vida, la historia, sus compromisos que el cristiano que sabe bien que debe rendir cuentas a Dios, de quien es imagen, gerente, procurador, en la concepción tomista. «Se nos advierte que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo. No obstante la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa con gran medida al Reino de Dios»²⁹

Esto supuesto, digamos que un compromiso ético y de solidaridad supone la prudencia, la sensatez y una «planeación» de la vida, como la que se deduce de esta enseñanza: «Mirad y guardaos de toda codicia, porque aun en la abundancia la vida de uno no está asegurada por sus bienes» (Lc. 12, 15) y presenta la parábola de quien pone su confianza en sus graneros ampliados, después de demoler los viejos. Esa noche morirá... «Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios» (Lc. 12, 21). Comenta Dupont: «Pensaba ese rico disfrutar de sus riquezas sólo para la vida presente y no ha visto la posibilidad de sacar ventaja también para la vida futura».

No es esto una invitación a un providencialismo que impida el estímulo del lucro, sino un enfoque que preserva contra la codicia y anima a enriquecerse delante de Dios, por medio de la solidaridad con el hermano.

En la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro se pone presente la distancia entre la mesa abundante del rico y el hambre, el lujo y las úlceras (de la miseria), como pecado del rico que destruye la comunión humana. El padre Pierre Bigó, en su famoso texto de Doctrina Social, expresa: «Este abismo que él ha dejado establecer aquí abajo, el rico lo va a encontrar más allá, tan infranqueable... No se pasa, en la tierra, del mundo de los pobres al mundo de los ricos. Los dos mundos no se comunican... No puede uno ganar la amistad con Dios si no gana la amistad con el pobre atendiendo a su necesidad, después de atender a la propia... El pecado de la riqueza no está en poseer

²⁹ *Gaudium et spes*, n. 39.

bienes, sino en usarlos sólo para él, ignorando la miseria: pecado de ruptura, o de clase, pecado de sequedad de amor»³⁰. Pecado, diríamos, de falta de solidaridad. Y esto se pide no sólo respecto de lo superfluo, sino aun de lo que no lo es. Allí se inscribe, por ejemplo, un aspecto del ayuno. «El que ayuna que procure entender el sentido del ayuno: que se haga sensible al hambre de los demás, si quiere que Dios sea sensible a la suya...»³¹.

El no acumular riquezas tiene su incidencia ética, pero no representa el pedir al empresario o a los detentores del capital, de los medios de producción, no invertir. Más aún, bien se sabe que impulsar una economía activa, dinámica, por inversiones que den trabajo justamente remunerado, dentro del respeto a la dignidad del trabajador, es incluso una forma de distribuir la riqueza y de participar.

En el libro producido por el CELAM *Fe cristiana y compromiso político* leemos: «La doctrina de la Iglesia enseña que la inversión, con el servicio que presta, los riesgos que asume, el no consumo que significa, es un factor humano que contribuye al desarrollo y que merece, en segundo lugar, después del trabajo, cierta parte del producto común»³². Hay, pues, unos derechos, innegables, del inversionista³³.

4. Urgencia de la solidaridad

La economía debe tener el estímulo y el correctivo de la solidaridad. En la encíclica *Laborem exercens* se alude a la solidaridad. Reconoce la justicia de la reacción común, histórica, de los hombres del trabajo, sobre todo de la industria, «reacción contra la degradación del hombre como sujeto del trabajo y contra la inaudita y concomitante explotación en el campo de las ganancias, de las condiciones de trabajo y de previsión hacia la persona del trabajador»³⁴.

Si la unión de los obreros en el siglo pasado fue justa, imperativo de la solidaridad debe ser también lo que Juan Pablo II denomina «proletarización efectiva». «Esta solidaridad debe estar siempre presente allí donde lo requiere la degradación social del sujeto

³⁰ P. Bigó, *La Doctrine Sociale de L'Eglise*, P.U.F., pp. 17-18.

³¹ San Pedro Crisólogo, obispo, *Sermón*.

³² Op. cit. p. 360.

³³ Op. cit. 250-251.

³⁴ *Laborem exercens*, n.8.

del trabajo, la explotación de los trabajadores y las crecientes zonas de miseria e incluso de hambre»³⁵.

El tema de la solidaridad como compromiso ético teje la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. No hay página de la misma que no urja un empeño ético que redima al mundo actual de los graves problemas que lo aquejan. Así habla el papa Juan Pablo II: «En este mundo dividido y turbado por toda clase de conflictos, aumenta la *convicción* de una radical *interdependencia* y, por consiguiente, de una *solidaridad* necesaria que la asuma y traduzca en el plano moral. Hoy quizás más que antes, los hombres se dan cuenta de tener un *destino común* que construir juntos»³⁶. El esfuerzo solidario se cimienta más y se hace más posible ante el hecho de la interdependencia entre los hombres. Debe conducir a la solidaridad como «determinación firme y perseverante de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos»³⁷. Se juega aquí, en un nivel mundial y en el interior de nuestros pueblos, su futuro. Por eso puede hoy decirse «opus solidaritatis pax», la paz es el fruto de la solidaridad³⁸.

Los sistemas imperantes están invitados a llevar a cabo una real conversión, en una solidaridad que ha brillado, en general, por su ausencia. «Cuando Occidente parece inclinarse a unas formas de aislamiento creciente y egoísta, y Oriente, a su vez, parece ignorar por motivos discutibles su deber de cooperación para aliviar la miseria de los pueblos, uno se encuentra no sólo ante una traición de las legítimas esperanzas de la humanidad, con consecuencias imprevisibles, sino ante una defección verdadera y propia respecto de una obligación moral»³⁹.

5. Un capitalismo de rostro humano

Estando situados los pueblos latinoamericanos en una mayor interdependencia del capitalismo, cabe abogar por un conjunto de criterios éticos que le den ese «rostro humano». La expresión la tomamos de J.J. Servan Schreiber, en su libro *La empresa con rostro humano*.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Sollicitudo rei socialis*, n. 26.

³⁷ *Sollicitudo rei socialis*, n. 38.

³⁸ *Sollicitudo rei socialis*, n. 39.

³⁹ *Sollicitudo rei socialis*, n. 23.

La humanización del capitalismo es un importante cometido. No pocos señalan rasgos de progreso y consideran que han dado pasos grandes, hasta el punto de que el capitalismo actual sólo tendría un remoto parecido al primitivo y original.

Se dan diferentes calificativos. Capitalismo «maduro», «democrático», «no rígido». También el «capitalismo popular», de la Señora Thatcher. Más difundido es el «democrático» de M. Novak, ponente en este congreso. Lo que se dice del capitalismo de alguna manera se aplica a la empresa que lleva su sello. Es una discusión que se da en diversos lugares y que adquiere especial incidencia en grupos de católicos. Un teólogo español, de veleidades socialistas, reaccionaba a un libro titulado *El mito del cristianismo socialista* (de Enrique Menéndez Ureña), con otro libro: *El engaño de un capitalismo aceptable*, cuyo autor es José Ignacio González Faus. Muchos en América Latina, influenciados por una de las corrientes de la Teología de la Liberación, juzgan que el mundo de la empresa privada no escapa, en forma alguna, a las condenaciones del magisterio social, de las Conferencias de Medellín y Puebla. Las sospechas, el distanciamiento de no pocos sectores de la Iglesia con el mundo empresarial ha sido manifiesto. Se ha creído que una auténtica opción por los pobres exigía un combate frontal contra los ricos, esos ricos. Y se ha llegado a inspirar y dinamizar, echando mano del análisis marxista, un conjunto de acciones que tienen notable parecido con la «lucha programada de clases» que denuncia la encíclica *Laborem exercens*. Todo esto ha dado lugar a algunas discusiones. No obstante la claridad de las Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe *Libertatis nuntius* y *Libertatis conscientia*, muchos siguen convencidos de la bondad y oportunidad de sus tesis y opciones. Uno de los efectos de esta situación ha sido la falta y la misma dificultad del diálogo (cuando ha sido intentado), dentro de la misma Iglesia. Y eso, no obstante la buena voluntad de empresarios que quieren ser, a la vez, eficaces y cristianos. Y que no se sienten apuntados por las condenaciones formuladas contra el «capitalismo rígido».

Lo contrario del «capitalismo rígido» sería un «capitalismo flexible» y abierto a la dimensión ética y solidaria. Allí estaría su «rostro humano».

Juan Pablo II da una descripción de ese capitalismo rígido, que no debe confundirse, sin más, con la civilización industrial ni con la empresa privada, a secas, que puede ser liberada de la *mentalidad* del capitalismo liberal. En la base hay un *concepto cristiano* de la propiedad y un concepto capitalista de la misma que acarrea enormes diferencias, lo mismo que un concepto sobre la dignidad prioritaria del

trabajo (del trabajador), que tiene como fundamento «el trabajo subjetivo» sobre el capital. «Desde esta perspectiva, sigue siendo inaceptable la postura del *rígido* capitalismo, que defiende el derecho exclusivo de la propiedad privada de los medios de producción como un *dogma* inviolable en la vida económica...»⁴⁰.

Alude entonces el Papa a *propuestas* sobre la propiedad de los medios de trabajo y a la participación de los trabajadores en la gestión y/o en los beneficios de la empresa⁴¹. Sin entrar a detallar la «aplicación concreta de estas diversas propuestas», advierte el Papa que «sigue siendo evidente que el reconocimiento de la justa posición del trabajo y del hombre del trabajo dentro del proceso productivo exige varias adaptaciones en el ámbito del mismo derecho de propiedad de los medios de producción...»⁴². Pero advierte que la revisión continua del capitalismo rígido, «no puede llevarse a cabo mediante la eliminación apriorística de la propiedad privada de los medios de producción»⁴³.

Los correctivos del capitalismo rígido pasan, en una palabra, por los correctivos que imponen la justicia y la solidaridad.

No es nuestro propósito esgrimir los argumentos, tan difundidos en América Latina, de la Teoría de la Dependencia, tributaria de la ideología marxista, que sostiene básicamente que la causa de la pobreza de nuestros pueblos hay que descubrirla en los mecanismos generadores que proceden del desarrollo, la explotación y la opulencia de los países de la abundancia. Esta teoría calla otros factores del subdesarrollo y busca crear más y más una conciencia conflictual y de dialéctica oposición que, por otra parte, es poco crítica e indulgente con el desbarajuste del socialismo colectivista. No se entiende cómo una ideología de la *praxis*, tomada como criterio de la verdad y del éxito en lo económico, no debe ser analizada y juzgada también en ese concreto terreno de la eficacia. Esos fracasos que han sido una constante en todos los países, ¿no proceden de fallas medulares del sistema, como tal? ¿No sería una estratégica ingenuidad pensar que los desajustes son tangenciales a la teoría convertida en *praxis*, en un espacio de tiempo prolongado, con el exceso de poder del partido comunista?

Pero, más allá de las tesis simplistas de la Teoría de la Dependencia, hay que reconocer una situación de injusticia. Uno de los

⁴⁰ *Laborem exercens*, n. 14.

⁴¹ *Laborem exercens*, n. 14.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*.

principios de solución, por ejemplo de la deuda externa, radica en el reconocimiento de los precios de nuestros productos.

Hay también situaciones que requieren una pronta presencia, humanitaria, en donde la miseria reina y es una bofetada a un mundo indiferente y desdenoso.

No han sido, desafortunadamente, nuestras naciones prontas y ágiles para crear mecanismos, pactos, alianzas que aporten un vigor que nuestras economías aisladas no tienen. Si con lenguas y culturas diferentes, con un pasado cercano de enfrentamientos bélicos y de profundas divisiones, Europa está avanzando hacia una integración de tanta trascendencia, que supera los límites del Mercado Económico Europeo, ¿cómo no puede lograr algo semejante América Latina, con una historia, un destino, una lengua, una misma fe, que le son comunes?

En la región latinoamericana el marxismo ha logrado crear la mentalidad de que sólo se puede elegir entre la continuidad del sistema en el *status quo* inalterado del establecimiento burgués, capitalista, que acierta, cuando más, a proponer tímidas reformas *dentro* del sistema, por una parte, y por otra, la *opción revolucionaria*, entendida como cambio del sistema, con la ruptura del capitalismo, y el inicio, por cambios cualitativos, del socialismo. Esto será posible cuando los medios de producción sean arrebatados a la clase burguesa explotadora. Es fundamental superar semejante planteamiento que traslada al continente el conflicto antes señalado entre dos bloques de poder, con sus sistemas e ideologías. Hay reformas posibles y necesarias, y hay correctivos viables que impidan que todo quede condenado a estas dos exclusivas opciones. Mucho ayudará la naciente configuración mundial que se abre a otros horizontes.

6. Hacia una tercera vía

Hay un serio problema que es preciso despejar, si al «capitalismo» se le da un *sentido unívoco*. Es decir, si el término *capitalismo* significa solamente el llamado liberal-manchesteriano, con el lema «Haceos ricos», con sus «principios», tanto respecto de la concepción capitalista de la propiedad privada, cuanto de sus «leyes» (reducidas al libre juego de oferta y demanda), sin correctivos éticos, sin responsabilidad solidaria.

Con la concepción *unívoca* del capitalismo, tendríamos que preguntarnos si los calificativos podrían o no *alterarlo*, hasta ser *otro*, caso en el cual sería mejor cambiar de denominación. O, bajo la

adjetivación, permanece inmodificado. Planteando las cosas de otra manera, habría que examinar si las *reformas*, más o menos profundas, cambian el «sistema». Unos, los revolucionarios, creen que las reformas se hacen dentro del sistema, y no lo cambian. La vía de las reformas la llaman «*tercerismo*», y no le reconocen alcance mayor. Allí inscriben también el término «desarrollista». Niegan, por tanto, a nivel de sistemas, una *tercera vía*.

La dificultad radica en que la realidad y significación de los términos es diversa. Es buena la síntesis que propone Guzzetti, quien defiende una vía cristiana en el campo económico, diversa del capitalismo y del socialismo, aunque no sea tarea propia de la Iglesia proponer *sistemas* sino inspirar cristianamente las opciones. «El cristianismo acepta la importancia del *lucro*, pero no como en el capitalismo; subraya la idea del *servicio*, pero no como en el socialismo; acepta la *libertad de iniciativa* de las personas y de los grupos, pero no como quería el capitalismo; admite la *intervención del poder público*, pero no como acontece en los países socialistas; acepta la importancia de la búsqueda del mercado y de la publicidad, pero no como lo hace el capitalismo...»⁴⁴. El subrayado es nuestro.

La diversidad en el enfoque de los puntos subrayados puede aclarar mucho las cosas. Claridad que se esfuma cuando esos puntos son enfocados desde *intereses ideológicos* (con connotaciones de «solidaridad» burguesa o proletaria), lo cual lleva a una falsa e irremediable división de los cristianos atraídos e hipotecados en órbitas de atracción diferentes. Unos hacen la opción capitalista; otros la socialista. En América Latina se organizaron los «cristianos por el socialismo». En Italia los «católicos-marxistas», que tienen su medio de publicación ADDISTA, el cual considera un deber combatir y calumniar a quienes censuran esa desviación. Pero nacen también solidaridades con otro signo de integrismo y de radicalidad, de tipo capitalista.

¿No se puede ubicar el cristiano que acepta la *propiedad*, la empresa privada, la libre iniciativa, etc., (con sus precisas connotaciones) al margen del capitalismo y del socialismo? Bien advierte Raimondo Spiazzi: «Estas dos vías son falsas y reflejan menos la sabiduría de Dios, primero y ejemplar socorro de la miseria. Esperar la salvación de fórmulas rígidas, materialmente aplicadas al orden social, es superstición, porque les atribuye un poder casi prodigioso que no pueden tener...»

⁴⁴ *Cristianesimo ed economia*, p. 288.

Manteniendo la posibilidad de una nueva vía, ni socialista ni capitalista, quizás es mejor bajar de los sistemas y estructuras a las personas. Allí cabe más la figura del empresario y del obrero en diálogo. Y más, cuando en la complejidad del mundo actual, hay mecanismos de intermediación que hacen menos concretas las relaciones entre el «capitalista» y el «proletario». Por ejemplo, las empresas de especiales proporciones, las Sociedades Anónimas, etc., tienen sus administradores que no son los dueños, sino que casi constituyen una clase especializada de «managers». Con ellos (que siguen determinadas políticas) se desarrollan las relaciones. Se ha observado un cierto cambio en circunstancias y problemas. Hemos señalado, por ejemplo, la importancia vital del empleo. Los puntos claves han variado. Bien apunta un autor de cuarenta años de docencia en estos campos: «La cosa se ha agravado mucho con el avanzar, por una parte, de la empresa moderna y, por otra, del Estado social que han quitado mucho terreno a la propiedad privada. Por una parte, de hecho, resultaba siempre más claro que los graves problemas de la economía no eran los de la propiedad, sino los del *trabajo*; por otra, todos percibían más claramente que la fuente mayor de seguridad no venía más de la propiedad que se tenía, sino de la capacidad profesional y de la presencia del Estado»⁴⁵.

Hay, además, que distinguir entre el proceso de industrialización, con las nuevas etapas revolucionarias, con sus concretas necesidades de creatividad, especialización (con el problema de la reducción de mano de obra), de lo que serían, sin más, vicios del sistema. Allí está el problema de la técnica y la competitividad.

Una *nueva vía* distingue entre el progreso, el desarrollo a secas, y el progreso humano, y el desarrollo integral (*de todos los hombres y de todo el hombre*), por el cual aboga la encíclica *Populorum progressio*. Es un progreso de real elevación humana, que no puede ser reducido al sólo progreso técnico y económico. El hombre vale más por lo que ES que por lo que TIENE (Cfr. encíclica *Laborem exercens*). El hombre debe ser respetado, como sujeto que es del trabajo. Lo recordó Juan Pablo II en la O.I.T., en Ginebra (15 de junio de 1982): «Tenemos el derecho y el deber de usar este modo en el tratar el trabajo en relación con el hombre... Se debe preguntar si el progreso es suficientemente "humano" y al mismo tiempo suficientemente universal; si sirve para nivelar las injusticias y desigualdades y para favorecer un porvenir pacífico del mundo...»

⁴⁵ G.B. Guzzetti, p. 285.

Para una concepción profunda del progreso y del desarrollo la fe cristiana, su visión sobre el hombre, «la verdad sobre el hombre», como se le llamó en la Conferencia de Puebla, es de vital importancia. Es una inspiración necesaria para una economía no concebida como ciencia cerrada, sin ética y sin alma. El hombre creado, caído y redimido, afecta y condiciona las actividades humanas, su trabajo. Toda actividad humana, también la económica, tiene que ser redimida. Todos y cada uno de los hombres comprometidos tienen necesidad de purificación y redención. No se puede caer en optimismos fáciles.

Pero tampoco en pesimismo que no crean que la economía, los economistas, los propietarios, los administradores, puedan obrar de manera *cristiana y humana*. Algo de ese «pesimismo» se aprecia en Chenu: «Inyectad en una localidad, fiel desde siglos a la propia tradición cristiana, una cierta dosis de industrialización: en diez años los jóvenes padecerán la disolución de su propia fe. No se trata de un desagradable incidente, sino de un determinismo irresistible...»⁴⁶.

La posibilidad de una tercera vía, de inspiración cristiana (que no es «tercermundismo», ni «desarrollismo»), de una vía abierta al progreso humano y el verdadero desarrollo, me parece que es el camino real de la enseñanza social de la Iglesia, en el Magisterio pontificio y en las Conferencias de Medellín y de Puebla.

Esto, traducido en términos de una empresa de inspiración cristiana, puede tener especial incidencia en el momento actual en el cual junto con los cambios de la *perestroika* podrían venir otros, a nivel mundial, de gran calado en el capitalismo.

Ya de tiempo atrás, se viene hablando de economías *mixtas*, como posibilidad y como hecho.

Vemos el cambio sorprendente de China, más avanzado incluso en lo económico que el de Gorbachov, en el campo agrícola y en otros frentes. Se habla de 20 millones de empresarios privados allí. En Rusia, en cambio, no había una tradición de mercado y el proceso de cambio es de apenas cinco años, en comparación con el de China, que comenzó en el año 1978⁴⁷. Si están fortaleciendo el sistema de arriendo, con el incentivo del lucro, sobre todo en la agricultura, con posibilidad de que pase a los hijos, hasta con la modalidad de propiedad, ¿habrá

⁴⁶ *Cultura y política*, 1967, n. 4, p. 6.

⁴⁷ Naisbitt, pp. 102-103.

replanteamientos más a fondo sobre la propiedad privada? Todo indica que, sin hacer mucho ruido, las cosas se irán acomodando. En Hungría estaba ya adelantado el proceso de desestatización. Hoy un 30% de la producción proviene del sector privado.

La Iglesia aboga contra la unilateralidad de los medios de producción, creada por el capitalismo manchesteriano, invitando a la participación de la empresa, con un salario que lo permite⁴⁸. Esa participación no ha de ser impuesta y debe corresponder a las condiciones de la empresa (Juan XXIII), sin que la dirección quede atomizada. La encíclica *Laborem exercens* se refiere a las propuestas en cuanto a la *copropiedad de los medios de trabajo*, a la participación de los trabajadores en la gestión y/o en los beneficios de la empresa, llamado «accionariado» del trabajo, y otras semejantes. Independientemente de la posibilidad de acción concreta de estas diversas propuestas, sigue siendo evidente que el reconocimiento de la justa posición del trabajo en la empresa ocupa el lugar principal.

7. Otros criterios

Uno de los puntos en los que ha de manifestarse una voluntad de cambio en una mentalidad capitalista es en lo relativo al *salario*. Expresa Juan Pablo II: «El problema clave de la ética social es el de la justa remuneración por el trabajo realizado. No existe en el contexto actual otro modo mejor para cumplir la justicia en las relaciones trabajador-empresario, que el constituido precisamente por la remuneración del trabajo... (es) la vía concreta a través de la cual la gran mayoría de los hombres pueden acceder a los bienes que están destinados al uso común... De aquí que el salario justo se convierta en todo caso en la *Verificación auténtica de la justicia* de todo el sistema socio-económico»⁴⁹.

El problema del salario justo debe ocupar de manera prevalente la atención del «empresario directo» y también en las políticas del «empresario indirecto», concepto éste que si bien se puede aplicar a toda la sociedad, ha de vincularse principalmente con el Estado. A él corresponde una política laboral justa⁵⁰.

Bien sabemos que la empresa hoy se caracteriza por estas notas: la planetarización, el impetuoso progreso tecnológico y el aumento

⁴⁸ Pío X, *Quadragesimo anno*, 64-65.

⁴⁹ *Laborem exercens*, n. 19.

⁵⁰ *Laborem exercens*, n. 17.

enorme de la capacidad productiva. La planetarización hace que la empresa hoy produzca y venda en el arco total de nuestra planeta. Se busca siempre ampliar los confines, en una *concurrència* que no conoce límites. El progreso tecnológico obliga a la búsqueda incesante de nuevas conquistas en la electrónica y en la informática. Se exaspera el fenómeno de la obsolescencia y crecen a la par las exigencias financieras, lo cual, a su turno, conduce a que haya un desplazamiento progresivo de la mano de obra por la automatización y robotización. El aumento de la capacidad productiva lleva al fenómeno del problema de la venta. La cuestión hoy está más en vender que en producir⁵¹.

Una economía planetaria, orgánica, unitaria (hasta cierto punto), abre las relaciones económicas entre los Estados, con múltiples conexiones, con el intercambio recíproco de bienes económicos, con las dependencias recíprocas. Esa ampliación de relación puede exigir también una concepción más vasta de lo que es el empresario directo. Lo importante es evitar las formas de explotación y de injusticia que pueden ser impuestas o, que ya existiendo, pueden mantenerse y agravarse. Nuevamente aquí debe ser objeto de estudio el problema del salario. El papa Juan Pablo II inscribe aquí su advertencia sobre las empresas multinacionales o transnacionales que «ponen precios lo más altos posible para sus productos, mientras procuran establecer precios lo más bajos posible para las materias primas o semielaboradas...»⁵².

De todo esto emana un principio luminoso para darle una nueva semblanza al capitalismo y a la empresa, una empresa de rostro humano: «Es precisamente la consideración de los derechos objetivos del hombre de trabajo... lo que debe constituir el criterio adecuado y fundamental para la formación de toda la economía, bien sea en la dimensión de toda sociedad y de todo Estado, bien sea en el conjunto de la política mundial, así como de los sistemas internacionales que de ella deriven»⁵³.

Observa con sobrada razón un autor: «En una economía planetaria es necesaria una solución planetaria obtenida con el aporte y adhesión de todos los Estados; en particular no se puede garantizar una real *concurrència* y, por tanto, una efectiva libertad en el mercado si no se garantiza en toda empresa una igualdad sustancial de condiciones»⁵⁴. No es el caso de repasar el memorial de agravios que

⁵¹ G. Battista Guzzetti, *Cristianesimo ed economia*. Ed. Massio, Milano, p. 212.

⁵² *Laborem exercens*, n. 17.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ *Cristianismo y economía*, p. 234.

entraña, con justicia, la denuncia de las agresiones externas que sufre nuestro continente, en campos como el comercio, la ayuda internacional, la deuda externa, los armamentos, las empresas transnacionales. Sería demasiado prolijo para nuestro cometido.

Alain Touraine escribía en 1970: «Bajo nuestros ojos se están formando nuevos tipos de sociedad. Podemos llamarlas sociedades postindustriales...» Lo importante es que esas nuevas sociedades nazcan, con la colaboración de todos, como dignas del ser humano, en las cuales el hombre, imagen de Dios, pueda desarrollarse de verdad, en la justicia y en la libertad. Y es ésta una tarea para el capitalismo nada fácil, pero urgente y ennoblecedora.

8. Empresarios de inspiración cristiana

En muchos lugares se expresa la preocupación siguiente: ¿puede un capitalista ser a la vez cristiano? Es, en ocasiones, una pregunta que tortura la conciencia. Los calificativos que recibe el capitalismo darían la clave de la respuesta. De esta manera un capitalismo rígido es incompatible con el Evangelio.

La dificultad está en la polución de los términos que genera una dinámica espontánea de significación. Los términos no son inocentes. Y esto acontece con el término capitalista que induce casi automáticamente a pensar más que en el impulso dado al desarrollo, a partir de la evolución industrial y a los factores generados de la riqueza, en los abusos, la miseria provocada y los mecanismos de injusticia. Se piensa más en los excesos de un liberalismo sin freno «generador del imperialismo internacional del dinero». La respuesta de fondo está, sin duda, en la manera de inspirar las acciones frente a concepciones diferentes de la propiedad privada de los medios de producción. La concepción de la propiedad, en un capitalismo férreo, es muy diversa de la que enseña la Doctrina Social de la Iglesia.

No caemos en la ingenuidad de pensar que el lucro sea inaceptable. Una empresa sin lucro, condenada al fracaso, no se crearía. Sin lucro no habría incentivo para la producción. No es aquí en donde estriba la dificultad. El problema está en tomar el lucro, desligado de criterios morales, como el único criterio determinante, absoluto, al margen de las necesidades de los demás. En una palabra, el problema radica, ya en una aproximación ética, en la *codicia del lucro*, con una visión individualista, cerrada a la solidaridad y a la justicia.

La concepción cristiana de la propiedad privada tutela la libertad de iniciativa, el espíritu emprendedor. Es una forma digna y

humana de *trabajar* del propietario. La encíclica *Laborem exercens* amplía el concepto del trabajo y no lo limita al obrero manual en la industria. El Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et spes* (n. 71), muestra la relación entre propiedad privada, ejercicio de la autonomía personal y libertad humana. Juan XXIII, en la *Mater et Magistra*, observaba: «Donde falta la iniciativa particular, surge la tiranía política y al mismo tiempo aparece el estancamiento general de los sectores económicos, como la consiguiente falta de muchos medios de consumo y múltiples servicios».

El dinamismo de la iniciativa económica es señalado como «importante» en la encíclica *Laborem exercens*. Lo básico es que haya *igualdad de oportunidades* para el ejercicio de esa iniciativa.

La Iglesia defiende la necesidad de la colaboración entre el capital y el trabajo. Lo que algunos denominan (contra el mito de la sociedad sin clases por la vía de la lucha de clases), *interclasismo dinámico*. Esto sirve a la misma eficacia económica, crecimiento, desarrollo, sin lo cual el flagelo de la pobreza no es superado.

El clamor ético de la justicia debe ser escuchado y hay que tomar esa bandera, como lo recuerda Juan Pablo II en el estadio Atanasio Girardot, en Medellín: «Más que hablar de un capitalista cristiano, por los problemas semánticos a los que aludí, prefiero concretar el pensamiento en la noble tarea del *empresario cristiano*. En una sociedad libre y democrática es figura clave».

El Santo Padre habló así a los empresarios en Milán: «el grado de bienestar de que goza la sociedad sería impensable sin la figura dinámica del empresario, cuya función consiste en organizar el trabajo humano y los medios de producción...»⁵⁵. Y les recordaba en Buenos Aires que «vuestra tarea es de primer orden para la sociedad»⁵⁶. Anotó a los empresarios en Lima: «Sois hombres de iniciativa que enfrentáis riesgos y sois creadores de nuevos métodos que contribuyen al avance tecnológico y enriquecéis la comunidad con los frutos de vuestras actividades»⁵⁷.

Deben animar el trabajo de los empresarios cristianos y no debilitar su iniciativa y capacidad imaginativa y creadora estas palabras del Apóstol, que valen para todos al recomendar a Timoteo: «A los ricos de este mundo exhortalos... para que hagan el bien, se enriquezcan con

⁵⁵ Milán, 22 de mayo de 1983.

⁵⁶ Buenos Aires, 11 de abril de 1987.

⁵⁷ Lima, 15 de mayo de 1988.

buenas obras, sean pródigos, capaces de participar. Estarán así acumulando para sí mismos un bello tesoro en el futuro, a fin de obtener la verdadera vida»⁵⁸.

ALFONSO LOPEZ TRUJILLO

Arzobispo de Medellín. Nació en Villahermosa, Colombia, en 1935. Ha sido Secretario General y Presidente del CELAM, Secretario de la Conferencia de Puebla; es consultor de varias congregaciones romanas. Autor de numerosos artículos. Entre sus libros más importantes figuran: *Liberación marxista y liberación cristiana*, *Liberación o revolución*, *De Medellín a Puebla* y *Caminos de Evangelización*.

⁵⁸ Tim 6, 17-19.

